

Historia de Shídán y el Fondo Bahá'í

Shídán era un joven Bahá'í que provenía de una familia muy rica, y vivía en la parte más prospera del norte de Teherán. Las Fiestas de Diecinueve Días a las que asistía estaban compuestas por Bahá'ís que eran tan ricos y sofisticados como él. La razón para ello era que había muchos miles de Bahá'ís en Teherán y todos no podían ir a una sola fiesta de Diecinueve Días. Por tanto, la Asamblea Espiritual Local había dividido la ciudad en muchas zonas y los Bahá'ís iban a la Fiesta que se celebraba en su propia área.

Hace cuarenta años, cuando había pocos coches en Teherán, Shídán acudía a la Fiesta de Diecinueve Días conduciendo su propio coche, como hacían todos los demás Bahá'ís de su vecindario, y algo que tenían en consideración cuando elegían la casa para la siguiente Fiesta era la anchura de la calle, y si podían aparcar todos sus coches allí.

Shídán conto la siguiente historia a un amigo muchos años después:

“Nuestras Fiestas de Diecinueve Días se celebraban siempre en grandes casas con alfombras caras y hermosos muebles, y los Bahá'ís solían llegar conduciendo el último modelo de coche extranjero. Pero resulto hallarse entre nosotros un Bahá'í que se ganaba la vida vendiendo agua.

Debo explicar que cuando era muy pequeño no teníamos tuberías para el agua en Teherán. Cada casa tenía un depósito que se llenaba de un arroyo descubierto que fluía desde el norte al sur de la ciudad. Esta agua estaba bastante clara después de haberse asentado en el depósito, y la mayoría de la gente la empleaba incluso para beber. Pero los ricos, que vivían en el norte de Teherán, solían comprar el agua de beber. Provenía de un manantial y los aguadores la llevaban a sus casas en carros.

Estos aguadores eran las personas más pobres de la ciudad. Se les pagaba una pequeña moneda por cada cubo de agua que vendían, y el

dinero que ganaban a lo largo del día no era suficiente para pagarse una comida decente por la noche.

Un aguador solía llevar un monedero en su bolsillo que se hacía de las alfombrillas viejas que la gente tiraba. Calzaba unas grandes botas de cuero, que se hacía también el mismo cosiendo viejos trozos de piel. Se metía los pantalones por dentro de las botas para protegerlos del agua, un aguador, estaba mojado y lleno de barro, y el que asistía a nuestras Fiesta de Diecinueve Días era igual que los demás.

El hombre nunca se perdía una Fiesta. Entraba silenciosamente y se sentaba en el pasillo cerca de la puerta de la habitación donde se celebraba la Fiesta, de manera que pudiera oír lo que acontecía. Parecía preocupado de que su presencia pudiera ofender a los demás, y tenía mucho cuidado en no tocar con sus botas y ropas húmedas los valiosos objetos a su alrededor. Nunca le oí hablar y no estaba seguro si entendía mucho de lo que se leía o si podía seguir nuestras complejas discusiones. Yo era muy joven y tímido en aquellos días y no hacía preguntas, pero a menudo me preguntaba cómo era que este aguador vivía en nuestra área. Quizás llegaba directo del trabajo, pensaba, o quizás vive en uno de esos agujeros excavados en los montículos a las afueras de la ciudad, no muy lejos. El hombre me intrigaba y a menudo le observaba ir y venir.

Una tarde se leyó una carta que contenía un llamamiento especial de fondos. La Asamblea Nacional no podía satisfacer sus compromisos y el progreso de la Causa en nuestro país dependía de las sacrificadas donaciones de los amigos. La respuesta de los presentes a la Fiesta fue inmediata. Los hombres sacaron sus carteras, las señoras abrieron sus bolsos de mano y uno a uno llovieron a la caja del fondo grandes billetes de banco. Mire al aguador, No mostro ningún signo de reacción. ¿Había entendido de qué iba la circular?

Cuando llego el momento de la parte social de la Fiesta, la gente comenzó a moverse por la sala hablando unos con otros. Nadie reparo en el aguador excepto yo. Le vi mirar a todos a su alrededor como para asegurarse de que nadie estaba observando, luego saco su viejo monedero, descosió el hilo que lo cerraba y vacio todo su contenido en

la palma de su mano. Las pequeñas monedas llenaban su gran mano. Entonces, todavía aprensivo de que pudiera ser observado, se aproximó a la caja del fondo, echó su dinero dentro y se fue silenciosamente.

Me sobrecogió la emoción y me dije a mi mismo: ‘El hombre pasará hambre esta noche. Me pregunto si tendrá una familia que alimentar. ¿Qué pasa si está enfermo y no puede trabajar mañana? ¡Ha dado todo lo que tenía, cada penique! ¿Quién de nosotros ha dado todo lo que posee? Dios dice que Él nos devolverá lo que demos, pero el dinero de este hombre es demasiado valioso para ser devuelto. Dios lo aceptará todo y no le devolverá nada.’”

---- o ----

RESPECTO a la idea de “dar lo que se pueda”: esto no significa que se ponga un límite o incluso que se excluya la posibilidad del sacrificio. No puede haber ningún límite a las contribuciones personales al Fondo Nacional. Cuanto más pueda dar alguien, mejor, especialmente cuando dichos ofrecimientos exijan el sacrificio de otras necesidades y deseos por parte del donante. Cuanto mayor sea el sacrificio, más meritorio será ante los ojos de Dios, por supuesto. Pues, después de todo, no es tanto la cantidad del ofrecimiento lo que importa, sino más bien la medida de privación que tal ofrecimiento conlleva. Es el espíritu, y no el mero hecho de contribuir, lo que deberías tener siempre presente al recalcar la necesidad de un apoyo universal e incondicional a los diversos fondos de la Causa.

Shoghi Effendi
